hermosura, y bañaron sus pies de vírgen con el trasparente cristal de sus tranquilas ondas.

Se llamó Maria; era de cútis blanco, labios de carmin y sonrosadas mejillas; y sus negros y rasgados ojos brillaban como dos luceros debajo de sus negras y arqueadas cejas, que acariciaban caprichosos los blandos y mal sujetos rizos de su sedosa cabellera de azabache.

Los más bizarros y apuestos mozos de la comarca morian de amor por ella; y las avenidas de su vivienda, que sola y cercada de frondosa alameda se levantaba al pie de la montaña, eran de contínuo frecuentadas por los numerosos galanes que pretendian la mano de la hermosa jòven.

Difícil es á un tierno corazon así asediado, resistir indiferente los convergentes rayos de tantos y tan encendidos afectos; y nunca necesita más de la virtud una niña, que cuando el mundo se afana en deslumbrarla con la perspectiva de sus falaces y engañosas ilusiones.

La inocente Maria, cual sencilla mariposa, se dejó fascinar por la deslumbrante llama del amor—ese fuego potente, que así puede conducir á las más santas y sublimes acciones como á las más denigrantes miserias—y dando acogida en su corazon, hasta entonces tranquilo, á los obsequios con que tantos donceles la halagaban, no tardó en fijar su cariñoso afecto en uno de ellos que, más solícito que los otros, la desvelaba de noche cantándola tiernas endechas al pie de su ventana.

Cuando el amor se apodera de un corazon difícilmente lo suelta; y si la sana razon y la rígida virtud no le conducen, muy pronto su llama, aparentemente apacible, se convierte en voraz incendio, y la insaciable pasion domina al alma. Asi fué como Maria, dejándose llevar del corazon, siguió ciega y sin tino las sendas del amor; y acogiendo sus flores sin recelo, desgarraron su pecho las espinas.

Se eclipsaron los serenos dias de su inocencia, un delirio ardiente la dominaba y su pasion era su todo. Sintió, entónces, casi extinguirse el amor que antes profesaba á sus padres; y sus preces á la Vírgen, que espiraban en sus labios cuando el dulce sueño embargaba su mente, para alentar de nuevo al despertar con el alba, se le fueron olvidando, viviendo de contínuo sumida en sus sombríos pensamientos apasionados.

Su amor llegó, pues, á formar su delirio y su tormento; y al paso que le sonreía engañosa felicidad, le robaba el dulce sueño y no le daba un momento de tregua ni reposo: que así son las dichas humanas, sombras que se desvanecen al tocarlas, espejismos del alma que mien-